



LAS DOS COLEJIALAS.

I.

EL antiguo convento de C.... en el reino de Valencia, era un magnífico edificio con sus huertos, los corpulentos árboles de sus bosquecillos y las verduzcas paredes de yedra. Sus jardines, esmaltados de flores, eran regados por un purísimo arroyo, cuyas orillas se hallaban sembradas de sauces, y mas allá se descubrían vastas campiñas teñidas de verde, de rosa y oro, mientras que mas lejos se divisaban pintorescos montes que se cubrían en el estío de un manto soberbio de púrpura.

Pero ni estas bellezas, ni la magnificencia de lo interior, ni la majestad de su iglesia, habian hecho célebre el convento tanto como la circunstancia de admitirse en él, por cierto estipendio, jóvenes de familias pudientes, á las cuales se daba una mas que regular educacion por las monjas dedicadas á llenar esta tarea, tanto mas importante, cuanto que ni habia colejos en España, ni abundaban los conventos en que se educase al bello sexo.— Las pensionistas de C.... alternaban en muchas cosas con las novicias; pero se distinguian en su traje y en que gozaban de alguna mas libertad.

Una de las colejiales—pues así debe llamárselas—era entonces una jóven rubia y pálida que tendria quince años, y regulares cuanto espresivas facciones, aunque velaba su frente una nube de tristeza. En su distinguida fisonomía, en la graciosa dignidad de su apostura y en la sencillez de sus maneras, conociase que era una jóven de elevado nacimiento, y efectivamente era Clara de Tellez Mendoza, descendiente de nobles varones, cuyo árbol genealógico se perdía en el plantel de los reyes de la edad media.

La amiga de la ilustre doncella era enteramente el reverso de la medalla, por lo cual decian las demas pensionistas que su buena armonía se fundaba en los contrastes. Irene Ponciano, algo mas jóven que Clara, tenia un semblante vivo y animado, y poblaban su bonita cabeza hermosos cabellos negros. Era franca, tenia talento y no carecia de inteligencia; pero estas ventajas perdian mucho si se tomaba en cuenta un orgullo caprichoso y burlon, que siempre estaba alerta, y que enfriaba á los demas. Y sin embargo, era la hija única, adulada y mimada de una familia plebeya que de repente pasó de un estado mediano á una gran opulencia, gracias á una enorme cantidad que heredó sin esperarlo.

No habia colejiala que no envidiase la suerte de Irene, y sin embargo ella ocultaba en el fondo de su corazon un profundo pesar, porque si bien era rica, sabia que cuantos trataban á sus padres se burlaban de su oscuro nacimiento, de sus ridiculeces, y sobre todo de su falta de educacion. La desgraciada niña llegó á avergonzarse de tener por padres á quienes ignoraban los usos del mundo, y sufria horriblemente cuando pensaba en esto.

Por aquel tiempo llegó al convento en un soberbio carruaje el marqués de Casa-Tellez, y con el pretexto de que tenia que hacer un viaje largo, depositó á su hija en aquella especie de colejo, no queriendo dejarla sola en su palacio. Por espacio de muchos dias no se habló de otra cosa que del vestido ricamente bordado del poderoso caballero, del diamante que llevaba en un dedo, y sobre todo de su elegante carruaje.

«¡ Ah! qué dichosa debe ser la hija de un gran señor!»

Así dijo Irene desde el primer día, y se propuso hacerse amiga de la marquesita, á fin de adquirir consideracion por este medio, y lo logró por último, aunque no sin condiciones por parte de Clara.

«Te prevengo, la dijo una tarde que estaban sentadas bajo un sauce, que si te acepto por amiga, es preciso que te resignes á oir verdades, porque has de saber, querida, que tienes muchos defectos.

—¿Cómo defectos? exclamó Irene poniéndose tan encarnada como una cereza.

—Tienes defectos, repuso Clara con tranquilidad, y haré los mayores esfuerzos para quitártelos. Así es como entiendo yo la amistad: ¿qué te parece?

—Me parece, contestó Irene con risa forzada, que podrías rebajar alguna cosa de tus enormes pretensiones.

—¿Aceptas ó no aceptas?..... responde, porque hay quien me haya hecho proposiciones, ni mas ni menos que tú.

—¿Quién, Elisa de Artal?... ¡esa tontuela cuyos parientes están arruinados! Su padre se ocupa en pescar ranas, y su madre en remendar su viejísimo traje.

—Eres burlona, envidiosa y mal intencionada; te doy la enhorabuena, Irene.

—¡Gracias por el cumplimiento!.... ¿Pero en qué soy mala?

—Te responderé cuando me hayas dicho por qué te burlas de una familia que soporta con valor su infortunio.

—Tienes razon; ¿pero por qué se afanan en hacer mas ridícula su pobreza, echándola de grandes?

—Veo que te ríes de todo, menos de lo que te interesa, Irene.

—De lo que nos interesa á las dos.

—Sí, ya sé que me tienes algun afecto...

—Te quiero como á una hermana, y siento mucho verte tan triste desde que se fué tu señor padre.

—¡Mi padre! repitió Clara con un movimiento nervioso.

—Creo que tu hermano no se cuida de tí, y esta es una ingratitude.

—Mi hermano es honrado y valiente, dijo Clara conteniendo su emocion... Mas vengamos á nuestras condiciones: ¿las aceptas?

—Sí, desde hoy me tengo por tu hermana, y cuando vuelvas á tu palacio, estaré en él contigo ocho días, pero me has de enseñar los usos del gran mundo, para que el señor marqués de Tellez no se abochorne de verme al lado de su hija.

—Precisamente por eso no quiero pasarte nada: porque la impertinencia es de muy mal gusto, y te diré una cosa que sin

duda te sorprenderá: la murmuración es de mal tono en la alta sociedad.

—Vaya una cosa rara, dijo Irene; en todas las tertulias de la provincia se murmura de día y de noche.

—En la antigua corte no sucedía así; y sin embargo, se sabía vivir mejor.

—Entonces procuraré corregirme, porque no quiero avergonzarte.

—¿Te corregirás por orgullo, eh?

—Tal vez; pero más por el cariño que te tengo.

Y las niñas se separaron, dándose la mano en señal de alianza.

II.

Algunos meses después de esta conversación la abadesa de C.... llamó á Clara de Tellez, y la dijo:

«Querida niña, tengo que darte una noticia mala para ti y para todas nosotras; se ha suprimido nuestro convento, y bien pronto vamos á ser dispersadas como la paja que el viento disipa: el huracán revolucionario ha tronchado nuestras ramas, y no podemos darte abrigo.

—Lo sé, respondió Clara tristemente.

—Pero quizá no sabrás, hija mía, que todos los bienes de tu padre han sido confiscados.

—Pobre Luis! exclamó Clara, y abundantes lágrimas surcaron sus mejillas.

—Quisiera saber, dijo la abadesa, si no tienes inconveniente en vivir con alguna familia respetable hasta que sepa tu padre tu situación. En cuanto á tus demás parientes, todos han emigrado, y por consecuencia no pueden ofrecerte asilo y protección.

—Tengo los diamantes de mi madre que me entregó mi papá antes de marcharse, y mi hermano me ha dado veinte y cinco onzas: creo que con esto....

—Sí, de este modo á nadie servirás de carga; ¿pero á quien te confiaré, hija mía?

Mientras la abadesa pasaba revista á todos sus conocidos, una monja abrió la puerta.

«¿Qué hay, sor Angélica? dijo la abadesa volviéndose con gravedad.

—La señora de Ponciano quiere llevarse á su casa á la señorita de Tellez, respondió la religiosa. Pide la venia de nuestra respetable madre, y el consentimiento de esta señorita.

—¿Qué dices acerca de esto, Clara?

—Que Irene es mi mejor amiga, y que aceptaré si me lo permite V.

—En ese caso, dijo la abadesa á la portera, conduzca V. al locutorio á la señora de Tellez.

—¿No me bendecirá V. antes que salga de aquí? preguntó Clara cayendo de rodillas.

La abadesa se levantó del sillón en que estaba sentada y dijo, extendiendo su mano hacia la jóven:

«Hija mia, que el Dios del huérfano, del proscrito y del afligido, te bendiga desde lo alto de los cielos; que el ángel del Señor te guie por la solitaria senda que vas á pisar, y te guarde nuestro bienaventurado patrono San Benito!»

Clara quiso besar la mano que la habia bendecido con tanta solemnidad; pero la noble benedictina no se lo permitió, y besándola en la frente la dijo con voz conmovida:

«Adios, querida niña; ruega algunas veces por la pobre Ana de Belluga!»

III.

Cuando Clara vió por la primera vez á la señora de Ponciano, necesitó todo el imperio que sobre sí misma tenia y toda su política para reprimir una ligera sonrisa.

Llevaba la buena de la señora un vestido de grandes ramajos, y de su cabeza pendia un manojo de flores atado con un lazo, cuyas puntas flotaban como los gallardetes de los buques de guerra: sus negras y largas manos estaban llenas de sortijas de todos colores, y un enorme collar de oro le ceñía el cuello á manera de collar de perro.

«Señorita, dijo la de Penciano, jugando con un soberbio abanico, Irene me ha dicho que acaba V. de perder una fortuna muy consecuente.

—¡Diga V. considerable, por el amor de Dios! murmuró Irene moviendo los hombros.

—Considerable, repitió la señora de Ponciano con admirable docilidad.

—¡Ay! es cierto, señora, respondió Clara.

—Lo siento mucho, repuso la señora con aire de aflicción, y me atrevo á decir que mi hombre, cuyo abuelo fué lacayo de su familia de V., se dará á mil diablos cuando lo sepa.

Irene se mordió los labios de cólera al oír lo de lacayo, y su madre prosiguió:

—Lo bueno que tiene, es que nuestra casa y todo lo que contiene están á vuestro servicio, y tendremos una gran satisfaccion en que viva V. con nosotros.

—Señora, respondió Clara titubeando como si temiese hacer una proposición ofensiva, acepto, pero únicamente con la condición de que...

—Nuestra casa no es una posada, interrumpió vivamente.... Mereceríamos ser silbados si consintiéramos que pagara V.

—¡Pues bien, señora! exclamó Clara enternecida, durante algunos meses tendrá V. una hija mas.

—Acabára V. por Cristo, señorita! nada mas hay que decir; con que hasta luego.

—¡Ah! ¡qué infeliz soy con tener una madre tan vulgar! exclamó Irene desesperada cuando se marchó su madre.

—¡Está visto que tienes muy mal corazon! dijo Clara con frialdad.

—No he de avergonzarme.....

—¿De tu madre, Irene, que te ha velado día y noche? de tu madre que cuando tú eras niña no tenía otro placer que mecerse en sus rodillas, entonando dulces canciones! ¡de tu madre que ha confundido sus lágrimas con las tuyas tantas veces! ¡Oh! retráctate pronto, porque esto es espantoso.

—Ella tiene la culpa; ¿por qué me ha dado una educacion que me hace conocer que á ella le falta?

—Si yo me hallára en tu lugar, la ocultaría mi superioridad con piadosa intencion, y la bendeciría de todo corazon porque no tuvo el egoismo de mantenerme en su ignorancia.

—¿Pero cómo se puede respetar á uno al conocer sus ridiculeces?

—Olvidas una cosa, querida, y es que ridículos ó no, los autores de tus dias tienen derecho á que los respetes, porque el que dá órdenes á la estrella de la mañana, el que manda al rayo y á las irritadas olas, ha dicho al niño: HONRA A TU PADRE Y A TU MADRE.

—Tú hablas así porque eres hija de un gran señor; pero ponte en mi lugar, y si tuvieras una madre por el estilo, ¿qué harías?

—Le manifestaría tal respeto y cariño á la faz del mundo, que cualquiera dijese: es preciso que esta mujer sea muy virtuosa, supuesto que la quiere tanto una jóven tan instruida y bien educada.

—Y si tu padre y tu hermano viesan á mi madre, ¿qué pensarían acerca de ella? respóndeme con franqueza.

—Dirían que es una aldeana que no ha tenido tiempo ni medios para instruirse; pero si vieran tus encojidas de hombros y tus desdeñosas muecas cuando oyes hablar á tu madre, podrían pensar.....

—¡Y bien! ¿qué?

—Que eres una criatura á quien ahoga la vanidad.

Aquí llegaban de su conferencia cuando se presentaron los dos esposos, diciendo D. Secundino:

«Señorita, mi familia debe mucho á la de V.

—¡Ya lo creo! saltó Doña Leandra; como que cuando tu padre iba al palacio el buen señor le daba siempre....

—La mano, interrumpió el moderno capitalista.

Dicho esto con bastante política, describió un círculo con su mano derecha, á fin de ofrecerla con mas elegancia, y llevó á Clara con gran pompa al comedor de cincuenta personas, como decia Doña Leandra.

IV.

Ponciano, que habia sido pasante de procurador, tenia un medio barniz de urbanidad y una tintura de educacion que habrían podido pasar en la multitud, sin las pretensiones que le hacian desdeñar el trato de los unos y ridiculizar á los otros. Hacía notar con mucho cuidado todas las faltas de español que eran bastante enormes para que él pudiera conocerlas, salpicaba su conversacion con mujeres y criados de un latin barbaro, y se mofaba de todo lo que no entendia: por lo demás, cometia diez defectos de ortografía en una carta de doce renglones, y jamás citaba un rasgo histórico sin que lo adornase con algun anacronismo ó de dos faltas de geografía.

Sin embargo, tenia buen fondo, y deseando proseguir una buena accion que nada le costaba, el millonario resolvió hacer mas, é impulsado de una ambicion noble, intentó reunir los restos del gran naufragio de la noble casa, y construir con ellos una cosa que se pareciese á una fortuna. Llamó pues un día á la señorita de Tellez y la dijo:

«Dentro de poco se vá á vender la finca principal del marquesado de Tellez: ¡si pudiéramos adquirirla!

—¡Ah! de buena gana, exclamó la jóven, ¿pero con qué? no tengo otra cosa que los diamantes de mi madre que apenas valen sesenta mil reales, y un cartucho de onzas que no llega....

—Yo tengo algo que agregar á esas sumas.

—Sí, pero....

—Esto es de los arrendatarios de las fincas, los cuales bajo su firma se han comprometido á pagar..... ¿No me ha hablado V. de algunos papeles que le entregó el señor marqués antes de partir?

—¡Voy á buscarlos! dijo Irene; yo sé donde están.»

Y salió dando saltos, volviendo á poco con un paquetito cerrado. Ponciano rompió el lacre, y despues de leer el primer papel que halló á mano, dijo:

«Esta es la nota de lo que importan los arrendamientos.... ¡Ah! toda la vajilla de plata está enterrada al pie de una encina, la cuarta á la derecha.... Es un negocio de diez mil duros... ¡magnífico!»

Ponciano abrió una ventana y gritó á un criado que le ensillara la mejor yegua.

«Padre, ¿á dónde vá V.? preguntó Irene.

—A la hacienda del señor marqués; no podría dormir tranquilo sabiendo que hay un tesoro de diez mil duros sin otra defensa que una capa de tierra.»

Encontrada la vajilla y cobrados los arrendamientos, la hacienda fué comprada en la cuarta parte de su valor, y á no ser por la prolongada ausencia del marqués de Casa-Tellez y de su hijo, cuyo paradero se ignoraba, habría sido feliz Clara al lado de sus padres adoptivos

V.

Una tarde hallábase Irene sentada en una colina que daba al camino real, y se ocupaba en pintar unas bellísimas ruinas cercadas de árboles que se descubrían á alguna distancia. Estaba embebida en contemplar el modelo, cuando llegó á sus oídos una melodía algo sorda pero de singular dulzura que parecía querer acompañar el último gorjeo de las aves y el murmullo de una fuente que corría mas abajo.

«¡Qué cosa tan linda! dijo Irene acercándose á la verja; ¿qué será?»

Bien pronto lo supo, porque un jóven cuyo roto vestido revelaba miseria y abandono, estaba recostado en el tronco de un álamo al borde del camino, y, vuelto el rostro hácia el horizonte, donde el sol declinaba majestuosamente, pulsaba con distracción las cuerdas de una guitarra.

—«Será ulgun jornalero ambulante, pensó la jóven; me dan tentaciones de finjirme una princesa y llenarle de admiración....»

Y entreabriendo la verja con precaución, Irene sacó de la faltriquera una peseta, y enseñándosela al viajero le dijo:

«¡Tome V. amigo!»

El mancebo clavó sus azules ojos en el rostro de Irene, y dijo apoyándose sobre el codo:

«¿Qué quiere V. hermosa niña?

—¡Niña! repitió Irene extraordinariamente resentida.

Y al alzar sus ojos para mirar de un modo despreciativo al que habia cometido la falta de no hablarla como á una duquesa, se quedó asustada al aspecto de un semblante que le pareció diabólico. La tez del extranjero era de un lustroso color de aceituna como la piel de los salvajes de América, y poco faltó para que la jóven no le tuviese por un canibal. Sin embargo, reflexionó, y como el desconocido hablaba español castizo, creyó se las habia con algun busca-vidas que se dirigía á alguna feria.

«¿Qué era lo que V. decia? repuso el viajero, mirando á la jóven con ojos alegres.

—Decía, contestó Irene con dignidad, que... hé aquí una peseta....

—La veo perfectamente.

—Entonces, dijo Irene con altivez, tiene V. la mollera muy espesa.... ¿No vé V. que con ella se puede comer?

—¿Es decir que yo no tengo para comer?.... Es V. muy política!

Indignada Irene del modo burlon con que se acogía por el jóven su magnífica limosna, le dijo con extraordinario desprecio:

«Sin duda alguna será V. un titiritero.

—Y V. muy impertinente, contestó el gitano con mucha calma.

—¿Sabe V. con quién habla? ¿ignora V. que mi padre es dueño de todas estas tierras?

—¿Cómo se llama su padre de V.?

—Ponciano, respondió Irene con sequedad.

—No le conozco, dijo el vagabundo.

—En verdad, replicó Irene con irónica sonrisa, que perderá mucho!

—Tal vez ganará, murmuró el vagabundo, devolviéndolo á la doncella desden por desden.

—¡Insolente! exclamó Irene furiosa; sepa V. que la señorita de Tellez es mi íntima amiga....

El jóven al oír estas palabras se puso en pie, quitóse su sombrero, y dijo á Irene en tono muy político:

«Señorita, ¿me permitirá V. que hable á Clara un rato?

—¡V. hablar á Clara!

—Dígala V. que tengo que darla noticias muy importantes.

—¿De parte de quién? preguntó Irene.

—¡Tema! ¡de la mía!

—¡Ah! de la de V.... però antes quiero saber con quien tengo el gusto de hablar.... ¿Es V. músico ambulante, cómico de la legua ó gitano?

—Nada de eso, respondió el desconocido; soy.... ladrón para servir á V. »

Irene cerró la reja con prontitud, y el jóven se rió de todo corazón al ver el miedo de la doncella, la cual comprendió al fin lo que su amor propio la había ocultado hasta entonces.

«V. es el caballero de Tellez, le dijo.

—Y V. una jóven muy guapa, exclamó el jóven.

Irene se apresuró á abrir la puerta de la verja, y apenas entró el expatriado, miróse en el agua de un estanque, y dijo sonriéndose:

«Tema sembrar el espanto en su casa de V. y ocasionar una verdadera alarma.

—Con el agua de ese estanque podrá V. quitarse la pintura.

—La pintura, señorita! tendré que conservarla contra mi gusto.

—¿Cómo?

—Porque me he pintado al óleo, temiendo viniese á darme á alguien chaparrón.»

Irene no pudo contener la risa y salió corriendo para avisar á Margarita, la cual nó tardó en ir á abrazar á su hermano.

VI.

«¿Cómo has venido aquí? preguntó Margarita á Luis, pasados los primeros momentos de su profunda alegría.

—La casualidad me ha traído á esta quinta, donde he encontrado á una jóven que despues de tomarme por mendigo, saltimbanquis y ladron, me dijo te hallabas aquí.

—¿Y cómo te habló de mí? preguntó Clara admirada.

—Te nombró porque ajé su orgullo, y desconocí su importancia.

—No la juzgues mal, Luis, porque tiene muy buen carácter, y debemos mucho á su familia.

—Ciertamente le debemos mucho, exclamó el jóven con efusion, puesto que te ha recojido, hermana.

En aquel momento llegaron los dos esposos, y Ponciano despues de muchos cumplimientos, dijo á Luis, haciendo una seña á Clara para que no le interrumpiese:

«Ciertamente es muy duro que hayan vendido vuestras haciendas.

—Tan duro, dijo Cárlos con aire de frivolidad, que agradecería á V. infinito hablase de cosas mas divertidas para estas señoras.

—Oiga V. caballero, exclamó Doña Leandra sin hacer caso de los gestos de su marido; las haciendas....

—Son tuyas todavía, interrumpió Clara estrechando en la suya la mano de Luis.

—¿Mias?

—Sí, porque las hemos comprado.

—¿Cómo?

—En la mesa lo sabrá V., dijo Doña Leandra, porque como el paseo abre las ganas de comer, tendrá V. buen apetito.

—¡Magnífico! exclamó el jóven con alegría; de seguro, señora, no se quejará V. de mi cortedad.»

La cena fué espléndida y larga, porque el jóven emigrado contó la série de sus aventuras en tono alegre y chistoso, y á cada momento era interrumpido por las preguntas impertinentes de Ponciano y su esposa. Luego se habló de cosas in-

diferentes, y el dueño de la quinta, cuando llegaron á los postes, presentó al noble una magnífica copa de oro de trabajo gótico.

—¿Conoce V. esta copa? le dijo.

—¿Que si la conozco? ganóse en un torneo en que tomó parte la flor de la caballería aragonesa y castellana.

—¿Por qué, preguntó Ponciano, no llevan VV. corona sobre el escudo?

—Porque las coronas ducales son buenas para la nobleza de nuevo cuño; nosotros llevamos el casco ó yelmo, distintivo de la verdadera caballería.

—¿Qué imájen es esta? preguntó Doña Leandra, designando un asunto histórico primorosamente grabado en la copa de oro.

—¡Bah! respondió su marido en tono de suficiencia, es un grupo que.... Vamos, Irene, tú que todo lo sabes, ¿que es esto?

—Dido y Eneas, respondió Irene algo disgustada del ridículo elogio de su padre.

—Bien, hija mia, tu educación me ha costado gruesas sumas; pero te han servido.... Esto representa al rey Dido contando á la reina Eneas la toma de *Cartago*.... ¡Bellísimo asunto!

Poco faltó para que el de Tellez soltase la risa; pero aunque era naturalmente burlon, se contubo, y la seriedad que guardó dió á conocer la buena educación que habia recibido. En cuanto á Irene, que rabiaba de vergüenza, se cortó un dedo y dejó caer una soberbia pera que se ocupaba en mondar. Doña Leandra lanzó un grito y se apresuró á restañar la sangre con su pañuelo: Clara comprendió cuánto debia sufrir la vanidosa jóven, y queriendo poner fin á su suplicio, dijo con gracia:

—« Si VV. lo permiten, enviaremos á dormir al pobre Luis que debe estar muy fatigado. »

Estas palabras hicieron levantar de la mesa á todo el mundo, y se separaron ceremoniosamente con muchas cortesías y no pocas buenas noches.

VII.

Irene entró en su aposento con el semblante contraído, llenos los ojos de lágrimas y devorada de una vergüenza insensata.

« ¡Qué noche! exclamó paseándose á grandes pasos; ¡qué ridículos han estado!... el Sr. de Tellez creerá hallarse en una casa de animales tan curiosos como los osos petimetres y los perros instruidos!... ¡Y yo estar condenada á sufrir este suplicio toda mi vida! ¡Oh! esto es espantoso! »

La frente de la doncella se oscurecía, y sus todavía infantiles facciones se revistieron de siniestra espresion; asaltáronla malos pensamientos, y ya había conocido que si sus padres muriesen se consolaría muy pronto, cuando Clara entró de repente diciendo:

—«¿Qué tienes? desde mi cuarto te he oído, y vengo á saber si estás mala.

—No, respondió la orgullosa doncella, ¡estoy buena y contenta! ¿No hemos pasado una noche deliciosa?

—¡Me infundes miedo! exclamó Clara; tu lindo semblante se ha puesto feo, y tu fisonomía no vale nada.

—Escucha, dijo Irene, ¡quisiera morirme! ¡sí, lo digo como lo pienso!

—¿Y cuál es la causa de tu gran desesperacion? ¡Ah! ya lo sé; no puedes decir que tu padre haya trasladado á Europa una ciudad del Asia, y que haya tomado á Dido por Eneas.... ¡Sin duda que es un motivo muy grave!

—¿Cómo te burlas de una cosa que me vuelve loca de pesar?

—¿Y tú cómo puedes volverte loca por tan poca cosa?

—¡Tan poca cosa!... ¡una ignorancia que haría dar azotes á un niño de escuela!

—Es una desgracia, pero no debes olvidar que á falta de esos conocimientos de lujo, posee otros muy esenciales, porque está versado en el estudio de las leyes, entiende de negocios, y maneja perfectamente su caudal. Lo mismo digo de tu madre, la cual si peca por las maneras y el lenguaje, brilla por la bondad de su corazón, la honradez de su vida, su rectitud y su buen juicio.

—Sí, pero aunque tú seas una amiga indulgente, ¡el mundo no transige con los defectos de sociedad!

—Distingamos, Irene: el mundo se divide en jente mala pero sin talento, y en jente que aunque lo tiene, es mal intencionada. Los primeros no valen la pena de pensar en ellos, y de los segundos nada tiene que temer tu madre, porque has de saber, amiga mia, que solo la ignorancia vanidosa, arrogante y necia se complace en triunfar brutalmente de la ignorancia pura y sencilla.

—¿Cómo dices eso! cualquiera diría que yo quiero tiranizar á mis padres...

—No mientas, porque te despreciaré!.... Adios, procura dormirte ocupada en un buen pensamiento, á fin de soñar otra cosa que funerales, á que asistirías con un pañuelo enjuto sobre los ojos.

—Te se olvida que debes abrazarme antes de partir, Clara.

—No lo olvido, sino que lo hago espresamente.

—¿Con que ya no me quieres? dijo Irene bañada en lágrimas.

—Si te quiero, sí; pero es precisoirme acostumbrando á encerrar mi amistad en mi corazon, porque te mimo sin querer, y eres capaz de conservar al mismo tiempo tu pícaro orgullo que agosta tu alma y el afecto que te profeso.

—Gracias por haber venido, dijo Irene; tu voz ha hecho huir á Satanás y al batallon de ángeles negros que me sujerian malos pensamientos. Perdóname y te prometo hacer un grande esfuerzo para corregirme.

—¿Y cuando será esto?

—¡Oh! al instante....

—Bien, dame un brazo; pero como no te corrijas....

—¡Oh! ¡ya verás, ya verás!....»

Y la jóven, tan dichosa por haber hecho las paces como un pajarillo cuando se vé que la tormenta cesa, se durmió rezando, como debe hacer toda niña bien educada y temerosa de Dios.

(La conclusión en el próximo número.)

HISTORIA SAGRADA.

REINO DE ISRAEL.—REINO DE JUDA.

II.

Sacrificio de Elias.

Mucho tiempo despues, el Señor se apareció á Elias y le ordenó fuese en busca de Achab, que á la sazón reinaba en Israel.

Elias partió y llegó á Samaria precisamente cuando se hacia sentir una espantosa miseria.

Achab llamó á Abdias, intendente de su casa, y que como religioso y honrado temia al Señor.

«Recorred todo el pais, le dijo; visitad todas las fuentes, bajad al fondo de los valles para ver si allí podemos encontrar yerba, porque nuestros caballos y mulas se mueren de hambre.»

Achab se encargó de visitar parte de su reino, y Abdias partió para explorar la que le habian señalado. Elias le salió al encuentro, y habiéndole conocido Abdias, se prosternó humildemente, diciéndole:

«¿Sois vos, Elias, mi señor?

—Id y decid á vuestro amo, este hombre es Elias.

—¿Qué pecado he cometido para que me entregéis en manos de Achab, príncipe cruel que me dará la muerte?

«Os ha buscado por todo el universo, conjurando á los reyes y los pueblos para que le descubriesen vuestro retiro.

«Si voy á decir á mi rey que estais aquí, me matará; fuera de que cuando yo vuelva á buscaros, el Señor os habrá transportado á lugares desconocidos, y no os verá mas.

—Nada temais, que hoy mismo me presentare á Achab.»

Abdias se encaminó á do estaba el rey, el cual fué al momento á ver á Elias.

«¿No eres tú el que turba la paz de Israel? le dijo con furia.

—Yo no soy el que turbo vuestro reino, respondió Elias, sino vos mismo, puesto que habeis abandonado los mandatos del Señor para adorar á Baal.

«Enviad á buscar los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal y reunid á todo el pueblo de Israel, á fin de que delante de él pueda yo hacer brillar la gloria de Dios.»

Luego que se reunió todo Israel, y los profetas de Baal subieron al monte Carmelo, Elias dijo al pueblo:

«Solo yo he quedado entre todos los profetas del Señor, y los vuestros son cuatrocientos cincuenta: que nos den dos bueyes para que escojan uno y despues de cortarlo en pedazos lo pongan sobre un haz de leña sin encender fuego debajo.

«Yo tomaré el buey que dejen y haré lo mismo.

«Invocad el nombre de vuestros dioses; yo invocaré el nombre del Señor, y el que encienda lumbre debajo de las víctimas será tenido por el único y verdadero Dios.»

Los profetas de Baal prepararon su sacrificio, invocando el nombre de Baal desde por la mañana hasta medio dia, y gritando sin cesar:

«Baal, oye nuestros votos!»

Pero su Dios no manifestaba su presencia, y Elias les decia, burlándose de ellos:

«Gritad mas alto, porque tal vez está ocupado en este momento Baal vuestro Dios: sin duda duerme, y hay necesidad de despertarlo.»

Los profetas se pusieron á gritar mas alto; pero su Dios permaneció sordo á sus clamores.

Cuando llegó el momento de hacer el sacrificio, Elias ordenó que se acercase el pueblo, y elevó el altar del Señor que habia sido derribado. Hizo una reguera y dos surcos alrededor del altar, preparó la madera, y despues de descuartizar el buey, lo puso encima.

En seguida vertió por tres veces sobre la carne y la madera grandes cántaros de agua, á fin de que estancándose el agua en la reguera, cercase completamente el altar.

Entonces el profeta se aproximó y dijo:

« Señor, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, demostrad hoy que sois el verdadero Dios y yo vuestro servidor.

« Escuchadme, Señor, y convertid el corazón de este pueblo incrédulo. »

Apenas había pronunciado estas palabras cuando descendió del cielo una llama brillante que devoró la víctima, la madera, las piedras, y hasta el polvo que se hallaba al lado.

A este espectáculo, el pueblo se prosternó hasta tocar el suelo con el rostro, gritando:

« El Señor es el verdadero Dios! »

EL RIO Y EL TORRENTE.

Fábula.

Entre altas cañas y frondosos árboles,
De una selva á través,
Sus aguas deslizaba melancólico
Un río portugués.

No lejos un torrente con estrépito
Alzaba horrible son
Cuando sus ondas agitaba férvido
Repentino turbion.

Por lo demás, en el estío cálido
Su cauce iba á secar
El sol, quemando sus colinas fértiles
Sobre ellas al pasar.

En su lecho de guijas consumiéndose
Miraba con furor
El torrente envidioso el agua límpida
Del río jemidor.

Cuando allá en la montaña brilla súbito
Violenta tempestad,
Y el cielo cubre con su manto lóbrego
La densa oscuridad.

Se oyen á poco los bramidos hórridos
Del furioso huracan,
Y las nubes despiden luces cárdenas
Cual hirviente volcan.

La lluvia cae á mares, y en su ímpetu
Arrastra mil y mil

Fogosos riachuelos que coléricos

Siguen su curso vil.

Aguas y piedras el torrente ávido

Al momento sorbió,

Y las orillas asaltando indómito,

El lecho abandonó.

En su carrera irregular y bárbara

Con todo en tierra dá,

Y sumerjiendo cuanto encuentra, rápido

Hacia el riachuelo vá.

« ¡ Atrás! ¡ atrás! » de la campiña el déspota

Dice con ruda voz,

Las poco antes del río olas plácidas

Dispersando feroz.

« Atrás, oh río, porque tú eres súbdito

Mientras que yo soy rey:

Ya que imprudente con desden mirábasme,

Sufre ahora mi ley.... »

Mas la tormenta cesa; el sol vivífico

Vuelve pronto á lucir,

Y logra el río su pureza prístina

Por grados adquirir.

« ¿Qué has ganado?, al torrente dice el misero,

Por la selva correr,

Y las campiñas asolar tiránico

Con tu brusco poder.

« ¿Qué logras, dime, en tu furor estúpido,

Qué logras, di,

Si á poco encierras en tu lecho fétido

Tu curso baladí?

» Yo tengo dias de violenta cólera,

De pasiones y error;

Pero los campos riego, prodigándoles

Fuerza, jugo y verdor.»

¡ Oh! Dios preserve nuestro hogar pacífico

De la jente brutal

Que ha menester para subir, las rafagas

De recio vendabal.

TENORIO.